

bailarina, puede que se admita y reciba entre la gente que constituye actualmente la sociedad de Manuel; pero es una costumbre de la que no quiero ser la burlada ni la víctima. Yo posco treinta mil libras de renta y no tengo otro hijo que él; que aguarde, pues, á que me muera y busque dinero, si quiere, sobre los bienes que he de dejarle entonces. Cuanto á mí, estoy resuelta á no introducir modificación alguna en mi modo de vivir por culpas de mi hijo, ya que él en obsequio mío está determinado á no variar el suyo. Si se separa de la existencia que lleva y me prueba con actos reales su arrepentimiento, veremos; interin, seré inflexible.

Habiéndose callado la madre de Manuel, me puse á especificar los pequeños y terribles obstáculos que encadenaban á mi amigo á las costumbres que contrajera, como al gigante Gulliver mantenían sujeto los liliputienses. Explíquela, no sin apuros, cómo de la vida ociosa al libertinaje no hay sino un paso; le demostré que la desgracia de su hijo no era irreparable, pero sí podía llegar á serlo; le aseguré que si éste no abandonaba inmediatamente á Antonia, hacia la cual no sentía sino odio y desprecio, debíase únicamente á consideraciones de delicadeza, y, en suma, le pinté un cuadro tan patético como me fué posible de los sobresaltos continuos en medio de los cuales se veía obligado á vivir mi amigo, y que indefectiblemente iban á acabar con su fortuna, su inteligencia y su salud.

—Confiese V., caballero, me dijo la señora de..., interrumpiéndome y enjugándose las lágrimas, que para el corazón de una madre es por demás doloroso verse por tales causas separada de su hijo. El padre de Manuel murió. Sola y sin familia, mi única alegría, mi única distracción, mi única dicha era mi hijo, el cual me ha abandonado para irse á vivir con una bailarina. Si quiero ir á alguna parte, debo hacer que me acompañe un extraño, y si voy al teatro, diviso

en un palco á esa Antonia y á mi hijo, que se esconde, sea temeroso de que yo le descubra, sea porque tema verse obligado á venir á saludarme. Todos aquellos á quienes conozco, que saben como yo lo que pasa, y á los cuales apesadumbra la escandalosa existencia que lleva Manuel, no cesan de compadecerme y de manifestarme el dolor que por ello experimentan. Las cosas, empero, han llegado á tal extremo, que para evitarme tan tristes conversaciones me he reducido á no frecuentar el trato sino de aquellas personas que tienen el buen sentido de no hablarme para nada de mi hijo, cual si estuviese muerto, lo que es decir á usted que vivo casi aislada. Usted me habla de las pesadumbres de Manuel; pero ¿qué diría V. de las mías si supiese lo amargo de mi existencia?

Al pronunciar estas palabras, á la pobre señora le caían hilo á hilo las lágrimas. ¡Ah! ¡cuán culpado era Manuel delante de su madre!

—¡Á qué extremo es menester haya llegado mi hijo, continuó aquélla, para que ponga tantos reparos en separarse de una mujer que le está arruinando, cuando no ha comprendido que el primer deber del hombre consiste en no crear un porvenir de dolores á una madre, que le ha dado un pasado de alegría y de ventura! ¿No sé tan bien como V., caballero, á qué terribles consecuencias pueden arrastrar á Manuel sus devaneos, devaneos que, si no en sus pormenores, mi corazón los adivina en sus resultados? No se pasa día que no me estremezca el temor de que vengan á comunicarme que Manuel se ha batido, que está herido, muerto quizá, ú otra nueva más terrible aún. Cuando le he visto entrar á V. y me ha dicho usted que era amigo de mi hijo, el corazón me ha dado un vuelco. ¡Ay! ¡cuando imagino que la menor de las desgracias que pueda yo temer es que mi hijo se vea completamente arruinado! Usted verá de nuevo á Manuel, ¿no es eso? Pues bien, píntele la escena de que está V. siendo testigo, dígame que no pronuncie

su nombre sin que se me salten las lágrimas, y que casi ya no puedo ser más desdichada de lo que soy.

Después de lo que la afligida dama acababa de decirme, anudar la petición que la dirigiera al entrar, era bastante difícil. Con todo, como estaba convencido que la ventura de Manuel y la de su madre dependían de este último sacrificio, y me acordaba de lo que presenciara en casa de mi amigo, me animé y dije:

—Señora, mi anhelo estriba en que un día pueda usted agradecerme la visita que tengo la honra de hacerla hoy, y sobre todo que no sea inútil para la tranquilidad de V. y la de su hijo. Este necesita poco...

—¡Ah, caballero! interrumpió otra vez la señora de..., no crea V. que mi negativa obedezca á no querer dar dinero: me desprendería de la mitad de mi fortuna, de todo cuanto poseo para la dicha de Manuel; sacrificaría por él mi vida, pero á condición de que la dicha que esto le proporcionara fuera una dicha digna y honrada, legal, legítima, que no consistiera en dar diamantes y cachemiras á una mujer de ópera; porque con la educación que mi hijo ha recibido es imposible que éste cifre su ventura en esos escándalos cotidianos. ¿Qué necesita Manuel para verse libre de apuros? ¿treinta, cuarenta, cincuenta mil francos? pues que se venga á vivir conmigo, que recuerde que tiene una madre, que gaste sus rentas, que frecuente el trato de amigos dignos, que tenga relaciones tan legítimas como éstas puedan serlo, y dentro de dos horas estarán en su poder los cincuenta mil francos. Pero que yo le ayude á arrastrar mi nombre por el fango, que con mi debilidad le aliente á seguir por el camino de su ruina, que será la mía, no puede ser ni será.

Las últimas palabras de la madre de Manuel hacían concebir una esperanza, y de ella me así, preguntando:

—¿Me faculta V. para que trasmita á mi amigo lo que acaba V. de decirme?

—Sí, señor.

—Que se separe de Antonia, que se venga á vivir con V., y...

—¡Ah! Se apresura V. demasiado, caballero. Conozco á Manuel y sé que á los ocho días de haber venido á vivir en mi casa, esto es, una vez satisfechas las antiguas deudas y en situación de contraer nuevas, se volverá. Necesita una lección y es menester que la reciba. En Turena poseemos una quinta; que se venga conmigo á pasar tres ó cuatro meses en ella, y pago sus deudas. ¿Le parece á V. esto un préstamo usurario?

—No, por mi vida, señora.

—Tanto más, añadió la madre de Manuel, cuanto tenemos vecinos de campo en extremo agradables, y mi hijo va á divertirse mucho. Ya comprenderá usted que si hago lo que hago es para alejarle durante algún tiempo de las relaciones que con ciertos hombres y ciertas mujeres ha contraído Manuel en París. Después de llevar por espacio de tres ó cuatro meses una existencia sosegada en medio de gentes dignas, no podrá menos de mirar con desprecio á aquellos que le han alejado de mí por tan largo espacio de tiempo, y en él se operará una transformación. ¿No es V. de mi parecer?

—Completamente, señora.

—Pues bien, caballero, llévele V. mis condiciones de paz.

—Mañana por la mañana debo verle, señora, y puedo asegurar á V. que por la noche se encontrará sentado en el hogar materno.

—Lo deseo, caballero, repuso la señora de..., enjugándose los ojos, en los que brillaba suave y piadosa esperanza.

Despédime de la madre de Manuel, á quien dejé algo más tranquila que no había estado durante nues-

tra conversación, y sin perder minuto me encaminé á casa de nuestro héroe para comunicarle el feliz resultado de mi visita.

Al ir á llamar á la puerta de Antonia, oí grandes carcajadas, que conocí distintamente ser proferidas por los criados.

—¡Vaya una casa ordenada! dije para mí, dando un suspiro y tirando del cordón de la campanilla.

—¿Está ahí Manuel? pregunté á la doncella que vino á abrir y colándome en la habitación, seguro de que en ella iba á hallarle.

—No, señor, me respondió aquélla.

—Pues va á regresar luego.

—No, señor; está en el Havre con la señora.

—¿Para mucho tiempo?

—Para ocho días.

—¡Cómo! exclamé; ésta sí que no puede pasar.

VII

—Y ¿no ha dejado recado alguno para mí Manuel?

—No, señor.

—¿Sabe V. en qué fonda se hospeda en el Havre?

—Nada sé; pero si quiere V. hablar con la señora de Orimont, está en casa.

—¿Quién es la señora de Orimont?

—La madre de la señorita.

—Pues dígame V. que quisiera hablar con ella dos palabras.

La doncella me hizo pasar al retrete, y poco después pareció la madre de Antonia, la cual no llevaba

ni la escocesa, ni la cofia, ni el capacho con que suele pintarse á las madres de las actrices, sino que iba vestida con elegancia y no aparentaba más de cuarenta años de edad. Dicha mujer, que se conocía que cuidaba mucho de sí y que en alguna parte debía de tener un amante joven, conservaba todavía muchos restos de hermosura; era rubia, llevaba lo que en aquel tiempo se llamaba inglesas, vestía traje de seda gris perla, iba tocada con una gorra enjambrada propia de una niña de quince años; tenía blancas las manos, las cuales se frotaba continuamente para darlas todavía mayor blancura, y en dedos y orejas ostentaba diamantes. Para presentarse á mí se había echado sobre los hombros un chal de cachemira de la India, y lo primero que hizo al entrar fué acercarse al espejo, mirarse á él y componerse los pliegues de su cuerpo y de su gargantilla; luego, sonriendo y en tono entre ceremonioso y familiar, me preguntó qué deseaba, ínterin tomaba asiento y me invitaba á que la imitase.

La señora de Orimont, que debió de haber tomado este nombre de uno de sus primeros amantes, como acostumbraban en otro tiempo las mujeres de su condición llevar el del primer amante distinguido que habían tenido, se dejó caer en un confidente como quien está acostumbrada á los muebles de raso, y estirando los pies, que dicho sea de paso los tenía diminutos y los llevaba metidos en elegantes botines azules con bigotera charolada, dijo:

—Me han dicho que V. deseaba hablar conmigo.

—Sí, señora, respondí; deseaba saber de Manuel, que me había citado para esta mañana, y á quien suponía hallar aquí.

—Está en el Havre con mi hija, repuso la de Orimont jugando con los rizos de sus cabellos y hablando con la boca casi cerrada, sin duda para ocultar los dientes, que de seguro me habría mostrado á tenerlos hermosos como tenía los pies.

—Lo sé, señora, y esto es lo que me admira.

—¿Y por qué le admira á V.?

Al hablar de esta suerte, la madre de Antonia, que parecía no poder estar quieta un solo instante, apoyó las manos en las caderas tirando hacia abajo su vestido; movimiento habitual en las mujeres que van demasiado ceñidas y quieren arreglarse el corsé para hallarse más cómodamente.

—Ante todo, me admira, señora, respondí, porque me precisaba dar una contestación á Manuel referente á un asunto que no carece de importancia, y luego porque, sabiendo el grave aprieto en que se encontraba, suponía que no contaba con el dinero necesario para emprender un viaje, por corto que éste fuese.

—Antonia tiene ocho días de asueto; y como sentía deseos de ver la ciudad del Havre, donde no había estado nunca, he prestado quinientos francos á Manuel para que hiciesen el viaje.

—¿Y Manuel los ha aceptado? pregunté yo con extrañeza.

—¿Por qué no? No es ésta la primera vez que le presto dinero, y, en prueba de lo que digo, me está debiendo dos ó tres mil francos; mas ¿qué importa esto?

Yo estaba lo que se llama aturdido.

—Por lo demás, continuó la de Orimont, es un joven de prendas. ¿Hace mucho tiempo que le conoce usted?

—Hemos estado juntos en un mismo colegio, respondí maquinalmente.

—Es muy bonachón, y no estoy del todo descontenta de que mi hija viva con él. Cierto que Antonia podía haber hallado un hombre más rico, pero no le habría amado como ama á Manuel.

—Luego ¿Manuel no va á volver hasta dentro de ocho días?

—Sí, señor. Mientras los dos están ausentes vengo

de vez en cuando á vigilar la casa, porque ni uno ni otro saben lo que es orden; esto me obligará á que definitivamente me decida á vivir con ellos. ¡Ah! sólo las madres somos capaces de llevar por buen camino una casa.

—De saber la madre de Manuel que su hijo ha tomado prestado dinero á esta mujer, dije entre mí, ¡qué disgusto no experimental!

—¿En qué está V. pensando? me preguntó la señora de Orimont.

—En lo que V. dice, señora; y me place en extremo el interés que al parecer siente V. por Manuel.

—¡Oh! le quiero mucho, se lo aseguro á V. Es muchacho de talento, y me cabe la certeza de que me corresponde con verdadero afecto. Tiene tanta confianza en mí como en su madre.

—¡Cuántas nobles palabras prostituidas! me dije; luego añadí en voz alta, para conocer el carácter de aquella mujer: ya que V. quiere tanto á Manuel y á su hija de V. ¿por qué no les da un consejo?

—¿Cuál?

—El de que se separen.

—¿Está V. loco? exclamó la de Orimont; Antonia se moriría del pesar. Y, además, ¿por qué tendrían que separarse cuando no pueden vivir el uno sin el otro?

—Manuel no tiene bienes de fortuna suficientes para vivir con la señorita Antonia.

—Pero, señor, ¡si mi hija no ocasiona dispendio alguno á su amigo de V.! repuso la madre de la bailarina con voz algo áspera. Nunca ha gastado Antonia tan poco dinero como en la actualidad, y aun éste yo se lo doy, pues Manuel se encuentra realmente apurado.

—Entonces, señora, dije, V. debe ser la primera en comprender que semejante situación es insostenible, máxime cuando su hija de V. se perjudica echando á perder su porvenir. Antonia es joven y bella, y ha-

llará fácilmente quien le proporcione posición más ventajosa que no Manuel.

—Cierto es, caballero, pero Manuel no quiere separarse de ella. ¡Si V. supiese los disgustos que hemos tenido! Su amigo de V. estaba empeñado en casar con mi hija; pero yo siempre me he opuesto.

—Y ha obrado V. bien, señora.

—Claro que sí, continuó la de Orimont, interpretando mal el significado de mis palabras. Usted comprende perfectamente que yo no podía consentir en que Antonia casase con Manuel, cuando puede hallar otro hombre de mejor posición.

Acontece un hecho al que tal vez no se prestará crédito, pero que es real, y es que las madres de las mujeres mundanas están siempre íntimamente persuadidas de que sus hijas van á casar un día ú otro con un príncipe ó con un sujeto digno, sirviendo de apoyo á sus esperanzas los tres ó cuatro ejemplos que por desgracia existen.

En pronunciando la señora de Orimont las palabras que dejo consignadas, la miré y me convencí de que había hablado sinceramente.

—Sí, continuó ésta, yo sé lo que me ha costado impedir ese matrimonio.

Al llegar aquí de nuestra conversación, comprendí que me era preciso fingir que abundaba en las singulares ideas de mi interlocutora, y me dije que, haciendo valer las razones de interés, tal vez ésta serviría de poderoso auxilio á la madre de Manuel para conseguir el rompimiento que deseaba.

—Conque, señora, repuse, ¿es V. quien tiene la bondad de prestar su ayuda á la casa cuando Manuel carece de dinero?

—Sí, señor.

—Luego ¿está V. muy rica?

—No, no poseo sino un centenar de miles de francos, que es cuanto mi marido, el conde de Orimont, me legó al morir. Yo le llevé una considerable dote,

que disipó casi por completo. Antonia sentía inclinación por el baile, la hice entrar en la Ópera, y ahora tiene una posición independiente. Si el padre de mi hija no hubiese llevado una existencia tan disoluta como llevó, hoy disfrutaríamos de una renta de veinticinco mil libras.

No me causaba admiración alguna nada de cuanto me estaba diciendo la señora de Orimont. Desde mucho tiempo atrás conocía yo semejante tipo de madre; así es que me preparaba á escuchar de sus labios que descendía del grande escocés Roberto Bruce, tronco y origen de todos aquellos que no descienden de nadie.

—¿La señorita Antonia no conoció á Manuel en Nápoles? pregunté, ensayando coordinar de modo las preguntas con las respuestas que obligasen á confesar á la de Orimont lo que yo quería que confesase.

—Donde vivía con el duque de Pololi, el cual estaba empeñado en tomarla por esposa.

—¡El duque también!

—También; y aun hubo un gran escándalo. El duque era menor de edad, y su familia recabó del rey de Nápoles una orden en que se nos comunicaba que saliésemos de la ciudad; pero como yo conocía á los cónsules de Francia y de Inglaterra, porque ha de saber V. que yo soy inglesa, no nos marchamos hasta tanto nos plugo efectuarlo. Antonia había tenido un hijo con el duque, el cual, y ante la amenaza que le hice de promover un alboroto, consintió en señalar una pensión á la criatura.

—Y ¿qué ha sido de ella?

—Por desgracia, murió.

—¿Y la pensión?

—Fué suprimida.

—¿Así, pues, el duque de Pololi fué el primer amante de Antonia?

—Casi, casi; ésta no había tenido sino al anciano lord Bullston, á quien V. tal vez conozca.

—No, no le conozco.

—¡Oh! está riquísimo. ¡Qué hombre! Sostiene queridas por costumbre; no venía á ver á Antonia sino una hora al día y le daba seis mil francos al mes. Este ha sido su primer amante. ¡Oh! se ha portado con nosotras espléndidamente. Mire V.: él es quien me ha dado cuanto poseo.

La de Orimont se mordió los labios; pero era ya demasiado tarde. Yo hice como que no había fijado la atención.

—Ya comprende V., continuó atropelladamente aquélla, que habiendo mi hija vivido con gente de tanta distinción, al admitir á su amigo de V. se ha sacrificado por él; de consiguiente no puede separarse de ella sin asegurarle lo porvenir.

—Ya pareció aquello, dije entre mí.

—Hace dos meses, continuó mi interlocutora, era el mes de octubre, sí, el príncipe Korsloff ofreció á Antonia un contrato para Rusia y una renta de diez mil rublos, que ésta se negó á aceptar.

—¿Por culpa de Manuel?

—Por culpa de Manuel. Podría mostrar á V. las cartas que al efecto mediaron, por cierto lo más deliciosas del mundo. El príncipe me quería y me estimaba mucho. ¡Ah! no se pasa día que no le eche de menos.

—¿Murió?

—No: se volvió á su tierra llamado por el emperador. Después de cuanto acabo de manifestar á usted, Manuel comprende claramente que no puede abandonar á Antonia como es costumbre abandonar á las demás mujeres.

Entonces vi en qué redes estaba cogido el pobre muchacho. Habían acabado por convencerle de que no sólo iba á causar la ruina de la hija, sino también la de la madre, y esto mientras iba arruinándose á sí propio. Ved qué uso puede llegar á hacerse de la delicadeza de un hombre.

—Sin embargo, señora, repuse, si un día Manuel se encontrase sin dinero y sin esperanzas de volver á poseerlo, sería necesario de todo punto que se separase de Antonia.

—No es de temer lo que V. dice, caballero, me replicó la de Orimont, pues por él sabemos que tiene dinero. Su madre goza de una renta de treinta mil francos que indefectiblemente tiene que pasar á Manuel.

—Pero la madre de éste no está dispuesta á morir.

—Mas él sí puede pedir prestado sobre su herencia.

—Difícil es.

—No lo veo yo así, y aun creo que dentro de algunos días habré conseguido que le presten cuarenta mil ó más francos. Conozco un caballero que se los proporcionará mediante mi aval.

—Es necesario, imprescindible, que yo vea á Manuel, dije para mis adentros; de lo contrario, con el cebo de ese dinero van á conseguir de él lo que quieren, y Dios sabe lo que le obligarán á hacer.

—Como V. comprende, continuó la madre de Antonia, Manuel cobrará los cuarenta mil francos, menos la prima, por supuesto, porque, no siendo reembolsable la deuda hasta que la madre de éste se muera, es menester que el prestamista gane algo. Supongamos, pues, que su amigo de V. percibe treinta mil francos; y como yo no quiero para mí más que lo que me debe, no he exigido de él sino que regalara á Antonia un collar de diamantes, que las dos hemos regateado, y no le costará más allá de ocho mil francos. Luego podrá pagar al tapicero, á los criados, con quien es necesario no tener cuentas pendientes; á la modista y otra multitud de pequeñas deudas contraídas en las tiendas de comestibles desde que Antonia vive con él. Entonces con lo que sobre podrán vivir tranquilos.

Yo admiraba la solicitud con que mi interlocutora disponía anticipadamente del dinero que iba á hacer que prestasen á Manuel; pero noté que en el empleo del mismo no comprendía las deudas de mi amigo; por lo que, en resumen, me convencí de que, á éste, maldito si le sobrarian doscientos francos de la cantidad que se disponía tomar á préstamo.

¡Y que haya todavía quien niegue el amor maternal!

—En efecto, señora, dije, con ello prestará V. un verdadero favor á Manuel; pero por desgracia, una vez pagado todo no le quedarán á mi amigo más que sus deudas personales.

—¡Oh! esto es cosa suya. ¿Por qué las contraía? Yo ante todo quiero la tranquilidad de mi hija. Antonia no posee bienes de fortuna personales, mientras Manuel sí. No es ella quien fué á buscarle, sino él el que la persiguió. Las deudas que Manuel ha contraído por Antonia son sagradas, y sólo á condición de que las satisfaga he interpuesto mi influjo para que le prestaran dinero.

—¿Y si ese préstamo llega á oídos de la madre de mi amigo y se opone á él?

—Entonces seré yo quien preste el dinero á Manuel á cambio de un compromiso, y nada tema usted: una vez firmado, su madre se verá obligada á pagar. De oponerse, ahí están los tribunales, y veremos si la señora de... querrá que la madre de la querida de su hijo pague las deudas de éste.

Por lo que se ve, el plan estaba muy bien tramado. Era indispensable, pues, arrancar cuanto antes á Manuel de esa nueva combinación.

Respecto á qué me había llevado á casa de mi amigo, guardéme muy bien de decírselo á la de Orimont: contentéme con preguntar á ésta en qué fonda suponía se alojaba aquél en el Havre para hacer llegar á su poder una cantidad de dinero. Este era el medio más adecuado para saber su dirección.

—Debe de posar en la fonda de Europa, situada

en la calle de París, me respondió la madre de Antonia.

—Gracias, señora, la dije levantándome; voy á escribirle.

Y despedime de la de Orimont, á quien dejé componiéndose por centésima vez la gargantilla ante el espejo.

El dolor de la madre de Manuel me había conmovido asaz hondamente y sentía yo demasiado empeño en que mi amigo abandonara tan horrible senda, para que no me apresurara á comunicarle el resultado de mis entrevistas con aquélla y con la de Orimont.

Por lo demás, como nada tenía que hacer y no había estado nunca en el Havre, me puse en camino para esta ciudad, en cuya fonda de Europa me apeé el día siguiente. Indicáronme el cuarto de Manuel, pues realmente en dicha fonda estaba instalado, y le hallé almorzando con Antonia y otros dos jóvenes, sus amigos, con quienes se había encontrado en aquella ciudad, los cuales estaban riendo y cantando á más y mejor.

Manuel, al verme entrar, profirió una exclamación de extrañeza. Cuanto á Antonia, tuvo como un presentimiento de que en mí debía ver á un enemigo, y me acogió con significativa frialdad.

—¡Tú por acá! exclamó Manuel. ¿Qué vientos te traen?

—Fuí á tu casa para verte, y como me dijese que te encontrabas en el Havre, al Havre me he venido.

—Y has hecho bien, ¡caramba! Toma una silla y siéntante á la mesa.

—No, tengo que hablar contigo.

—Bien está, pero en almorzando; nos queda tiempo. Además, ¡qué diablo! es menester que almuerces.

No siéndome posible obrar de otra suerte, me senté y almorcé lo más animadamente que pude, á fin de no turbar el buen humor de los comensales, y, una

vez satisfecho el hambre, Manuel y yo entramos en otro aposento.

—He visto á tu madre, dije á mi amigo.

—¡Ah! y dime: ¿se ha lamentado mucho?

—Al contrario, consiente en darte el dinero que necesitas.

—¿Con qué condiciones? porque mi madre no es mujer que no las imponga.

—Pagará todas tus deudas, con tal que te vayas á vivir con ella dos ó tres meses en Turena.

—¡Vaya una gracial exige demasiado.

—¿Cómo vas á componértelas, pues?

—He hallado dinero y me puedo pasar sin ella. Después de todo, amigo mío, Antonia es una buena chica, y sobre quererme entrañablemente no me cuesta mucho. Así, pues, he resuelto vivir tranquilamente con ella.

—¡Y tu madre, que se pasa los días en el mayor desconsuelo y te está aguardando!

—A mi regreso á París iré á verla; pero ahora que tengo dinero, por nada del mundo abandono la capital.

—Y ¿qué voy yo á decir á la señora de...?

—Lo que se te antoje; pero escucha, puedes sacar resultado provechoso de tu entrevista con ella.

—¿Y eso?

—No sé si serás de mi parecer; á mi ver, el dinero nunca sobra.

—Sobre el particular vamos exactamente acordes.

—Pues bien: ¿qué me dices si yo tomara los cincuenta mil francos que mi madre me ofrece y los treinta mil que por mediación de la de Antonia van á prestarme?

—No digo sino que de hacerlo sería la cuarta vez que engañases á tu madre, y, en verdad, de las cuatro, tres á lo menos estarían de más.

—¡Ah, querido! ¡cuán triste tienes el vino y al través de qué prisma tan falaz ves las cosas! Esto pasa todos los días y nadie se muere por ello.

En este instante, Antonia abrió la puerta, y, al parecer, olvidada de que yo me encontraba en compañía de Manuel, preguntó á éste:

—¿Quieres tomar café?

—Sí, respondió Manuel. Y, volviéndose hacia mí, añadió: Vamos.

Luego, cogiendo entre las manos la cabeza de Antonia y besándola una, dos y tres veces, repuso, mostrándomela:

—¿Has visto en tu vida cabeza más hermosa?

La bailarina me lanzó una mirada de triunfo, que parecía envolver este pensamiento: «Puedo más que tú, y cuanto digas no será parte á vulnerarme.»

Era evidente que Manuel le había participado la causa de la visita que yo debía hacerle en París, en uno de esos momentos en que el hombre enamorado lo confiesa todo, y que en veinticuatro horas y mediante una promesa de dinero había recobrado sobre él todo su imperio.

Desde luego hallé ridículo mi papel, y el mismo día me salí del Havre, sin que Manuel hiciese esfuerzo alguno para que permaneciese por más tiempo en dicha ciudad, y aun apostaría que con satisfacción suya.

Los que viven como él vivía no advierten lo equivocados que andan al vivir de tal suerte sino cuando carecen de dinero.

Por lo demás, me cabía el convencimiento de que á no tardar sabría noticias de mi amigo, pues según la cuenta que la de Orimont echara, la nueva entrada de fondos, si es que llegaba á realizarse, de poco debía servir al pobre muchacho.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
120. 1625 MONTERREY, NUEVO LEÓN

VII

En modo alguno podía yo dejar de hacer una visita á la señora de..., por más que me fuese doloroso verla á causa de las poco gratas noticias que tenía que comunicarle.

Sin embargo, fui á su casa, y le dije la pura verdad; porque la experiencia me ha demostrado que de cuanto podemos decir, todavía hay que dar á ésta la preferencia.

—Me esperaba lo que me acaba de comunicar usted, me contestó la madre de Manuel; nada me extraña de cuanto se refiere á mi hijo.

La tristeza de la desventurada madre no hay para qué ponderarla, máxime cuando á esta tristeza se añadía la que le inspiraban sus temores para lo venidero.

Al despedirme de la señora de..., me llevé en el corazón el convencimiento de que sería menester que Manuel tuviese el corazón completamente empedernido para resistir á la dicha de calmar el dolor de que él era la causa, si de ver á su madre no lo hacía, por lo que le escribí sobre el particular; pero todo fué inútil: á mi carta no recibí contestación alguna.

Yo no quería poner de nuevo los pies en casa de Antonia, ya que la experiencia es la consejera más eficaz del hombre.

Acontece que tenemos un amigo neciamente enamorado, el cual, movido de semejante amor, está cometiendo locuras; ó lo que es peor, y este es el caso en

que se encontraba Manuel, tenemos un amigo que se arruina por una meretriz que no siente por él amor alguno, pues de amarle, no consentiría que éste se arruinara, y de la cual él, en lo íntimo de su ser, siente que no está enamorado; y lo vemos, y queremos prevenir el mal, y tenemos empeño en que rompa unos lazos que menoscaban su consideración y minan su fortuna. ¿Cómo nos las componemos? Nos vamos á encontrar á nuestro amigo, le damos á comprender todas las razones que nos mueven á inmiscuirnos en sus asuntos, ponemos en juego su porvenir, sus intereses, su dicha, su familia, en suma, cuanto, por lo que debe serle caro, le incite á la reflexión. La primera vez nos confiesa que tenemos razón, nos promete obrar según nuestros consejos, y aun nos los agradece; la vez segunda nos recibe asaz malamente, y la tercera se nos niega. Nos obstinamos, queremos absolutamente el bienestar de nuestro amigo, á pesar suyo si fuere menester. Entonces nos decimos á nosotros mismos que si nuestra querida nos fuese infiel la abandonaríamos, y que estando todos los hombres cortados por la misma tijera, nuestro amigo va á separarse de la suya en cuanto ésta le engañe. Una vez hemos adquirido tal convicción, no nos falta sino demostrar que la mujer es infiel, lo que es difícilísimo, no porque no sea cual digo, antes bien porque se oculta con sumo cuidado. Con todo, nos alentamos y damos comienzo á una exploración cotidiana. Orestes, nos convertimos en espías en pro de Pilades, y ejercemos este oficio durante quince días, un mes y á las veces dos, hasta que, cogido que hemos infraganti á la mujer, y adquiridas todas las pruebas necesarias, pertrechados de la verdad, vamos al encuentro de nuestro amigo y se lo referimos todo por menudo. Este nos abraza; nos dice que nunca olvidará el servicio que le acabamos de prestar; escribe en nuestra presencia una carta de rompimiento á su amante; la manda á su destino, se sale con nosotros y con nos-

otros come, no se separa de nosotros hasta las diez de la noche y nos cita para el día siguiente, no corriendo de confesarnos que necesita distraerse. A la hora convenida nos encaminamos á su casa, y su criado nos dice que nuestro amigo no ha dormido en ella aquella noche. Dos días después, éste, que se ha reconciliado con la supina, no nos saluda; y ¡ay de nosotros si nuestra vida no es pura y limpia como el cristall porque si algo puede decirse contra nuestra reputación, él será quien lo diga y corremos riesgo de que el asunto termine con una estocada.

En lugar de lo expuesto y para descargo de nuestra conciencia, advirtamos formalmente, pero sólo una vez, á nuestro amigo; mostrémosle el abismo y al mismo tiempo digámosle: «Guárdate de caer en él, pues en su fondo hay una boca tremenda», y luego vayámonos. Nuestro amigo cae en la boca susodicha y se rompe algo; pero acude á nosotros para que le curemos, como el niño que se ha lastimado en el lugar adonde ha ido desoyendo la prohibición paterna acude á mostrar á su padre la herida que se ha causado. Menester es que á aquellos á quienes aconsejamos les facilitemos la libertad de que un día vengan á decirnos: «Tenía V. razón»; libertad de que no disponen cuando hemos persistido una y otra vez en el consejo y nos hemos provisto de un número excesivo de pruebas. Entonces semejante confesión será un golpe demasiado rudo para su amor propio, y preciso es que seamos verdaderamente hombres superiores para inmolar el amor propio á la verdad.

Por lo que respecta á mí, á pesar de las excelentes teorías que aquí expongo, no pude resistir al deseo de intentar un supremo esfuerzo, y me puse en demanda de los antecedentes de Antonia.

Dirá tal vez alguno que yo me metía en asuntos que nada me incumbían; pero ¡qué le haremos! la desesperación de la desventurada madre de Manuel

me llegaba al alma. Demás, siempre me parecía estar viendo la mirada de triunfo con que Antonia me había acogido en el Havre.

Yo ya sabía que ésta había sido la querida del duque de Pololi y del príncipe Korsloff, y que su madre se llamaba, ó más bien pretendía llamarse la señora de Orimont; pero me cabía el convencimiento de que debían existir otras circunstancias, aparte de las expuestas, referentes á la amante de Manuel.

Desde aquel día, interrogué á todos aquellos que por sí ó por sus relaciones podían ilustrarme algo sobre el particular. Y lo que supe fué que la de Orimont había vendido la virginidad de su hija al príncipe de Korsloff, virginidad que seis meses antes gozara sin dispendio un oficial de coraceros; que luego la vendió al duque de Pololi; más adelante á un inglés; después al hijo de un banquero, y, por fin, al director de un teatro, quien, experto de estas lides, se había dado cata de la superchería, si bien en cambio firmó la contrata de Antonia concediéndole condiciones menos ventajosas que las que la de Orimont exigía, diciendo con razón: «Ya que no me dan sino la cuarta parte de lo que me prometen, yo no doy más que la mitad de lo que he ofrecido, y todavía salgo acreditando.»

Entre dichas diferentes ventas, Antonia se había vendido al fiado á un estudiante de derecho, á un alumno de la escuela Politécnica, á un galán joven del teatro Montparnasse, á un segundo galán del teatro Beaumarchais, á dos directores de teatros de provincias y á siete desconocidos que no se habían dado á conocer sino por su nombre de pila.

Supe que la única que sacaba provecho de semejante vergonzosa industria era la de Orimont, la cual empleaba con todos los amantes de su hija los mismos procederes que con Manuel, ó si decimos les hacía prestar por un tercero el dinero que economizara sobre el que éstos daban á Antonia, resultando de este modo

que los incautos amantes tomaban prestado á un interés exorbitante su capital propio.

Además supe que el hijo y la renta del duque de Pololi eran pura invención de la madre de la bailarina; que, en efecto, el joven duque había dado diez mil libras por la posesión de Antonia, y que con ayuda de una carta que éste cometiera la imprudencia de escribir y la de Orimont la astucia de conservar, ésta había logrado otras cinco mil libras; que, engolosinada con este primer triunfo, la vil madre había llevado su osadía al extremo de amenazar al duque con un escándalo si no asojaba quince mil libras más, amenazas á las cuales recibió por toda respuesta una orden para que saliese de Nápoles dentro de veinticuatro horas.

Supe que Manuel, no adivinando nada de cuanto acabo de decir, se había venido á París con Antonia y por causa de ésta comenzado á llevar la vida que tanto alarmaba á su madre; que desde que la bailarina era su querida, ésta había salido de casa sin él una infinidad de veces, bajo el mentido pretexto de tener que asistir al ensayo; que Antonia decía en todas partes que Manuel quería casar con ella y que ella no le quería, añadiendo que por caridad no le había despedido, y que ella era quien le mantenía; y, por fin, que la tal Antonia era una mujer despreciable, y que Manuel, al vivir con ella, desempeñaba el papel de bobo; con el bien entendido que los que le aplicaban tal epíteto eran los que le compadecían.

Cogí, pues, la pluma y escribí á Manuel una extensa carta en la que le especificué cuanto dejo consignado. Véase la que en contestación á la mía y sin pérdida de tiempo me remitió éste:

«Mi querido amigo: Te agradezco tus consejos, pero sabe que nunca los tomo sino de mí. No atino qué interés puede moverte al convertirme en eco de tanta calumnia. Amo y aprecio á Antonia y no quiero

sino ver, en lo venidero, á aquellos que por ella sentirán lo que yo siento.

«Tu antiguo amigo,

«MANUEL DE...»

Envié noramala á mi amigo, á su amante y á la de Orimont, y no me ocupé más en ellos.

De esta suerte transcurrieron seis meses, cuando una mañana, al entrar en un café del bulevar para almorzar, la primera persona á quien vi fué á Manuel. De momento, y no sabiendo á punto fijo en qué terreno habían quedado nuestras relaciones, estuve indeciso; con todo, me dirigí á su encuentro, le tendí la mano y le pregunté qué tal iba de salud.

—Perfectamente bien, me respondió estrechándome la mano; y luego, al ver que yo hacía ademán de ir á sentarme á una mesa del extremo opuesto de la sala, añadió:

—¿Adónde vas?

—Voy á almorzar.

—Siéntate ahí y almuerza conmigo.

Sentéme, pero resuelto á no mentar para nada á Antonia.

Sin embargo, en el semblante de Manuel conocí que había adivinado mi determinación, y aun me pareció como si hubiese querido que de ella le dijese algo. Firme en mi propósito, empero, de todo le hablé menos de la bailarina, y en almorzando nos salimos juntos.

—Adiós, dije, una vez en la calle, á Manuel, que parecía estar cuidadoso.

—¿Te vas ya?

—Sí.

—Ven á verme.

—Estoy tan sumamente ocupado, que dispongo de muy pocas horas.

—Con todo, si alguna vez pasas por la calle de la Victoria, súbete á mi casa.

—¿Cómo! ¿ahora vives en la calle de la Victoria?

—Sí.

Sin duda, Manuel aguardaba que yo le hiciese nuevas preguntas; pero no le dirigí ninguna más y me separé de él.

En el instante en que nos volvíamos uno á otro las espaldas, me encontré de manos á boca con otro amigo, si bien con éste no tenía la franqueza que con Manuel, y el cual, si no me es infiel la memoria, se llamaba Octavio.

—¿Con quién estaba V. hablando? me preguntó.

—Con Manuel de...

—No me había equivocado.

—¿Le conoce V.?

—Sí y no.

—¿Dice V. esto con un tono tan singular!

—Pero ¿le conoce V. lo que se llama á fondo?

—Nuestra amistad es muy íntima.

—¡Ah!

Esta exclamación podía haberse traducido por un *peor*.

—No comprendo jota de lo que V. quiere decir, repuse.

—¡Yo! ¡si nada digo!

Era evidente que Octavio no deseaba sino ser interrogado.

—Dígame V., continuó éste; ¿no era, ese Manuel amante de una bailarina llamada Antonia?

—Sí.

—Esto es.

—¿A qué tanto misterio?

—¿Ve V. con frecuencia á Manuel?

—Sí.

—Pues no se frecuente V. tanto con él: nada más puedo decirle.

—Pero ¿qué ha hecho?

—Goza de mala reputación. Me han contado de él cosas que...

—¿Qué le han contado á V.?

—Que se ha hecho mantener por Antonia.

—¿Quién! ¡Manuel!

—Sí, señor, Manuel.

—Quien se lo ha dicho á V. ha mentado.

—Mire V. que quien me lo ha dicho lo sabe más bien que otro alguno; es el nuevo amante de Antonia, que en la actualidad está pagando las deudas del caballerito ese.

—Escuche V., Octavio, hace scis meses que no he visto á Manuel; pero le aseguro á V. que no hay palabra de verdad en cuanto le han contado.

—Es que no concluye aquí todo.

—¿Qué más hay?

—Le han visto hacer fullerías en el juego.

—Manuel no juega nunca.

—Pues yo le respondo de que lo ha hecho; como que he jugado con él.

—¿Y V. le ha visto hacer fullerías?

—Al contrario, siempre le he visto pagar y á mi me ha pagado puntualmente.

—Entonces ¿quién le acusa?

—El amante de Antonia también.

—¿Me hace V. el favor de decirme cómo se llama el caballero ese?

—Es el conde Ernesto de Magny.

—¿Y vive...?

—En la calle de la Paz, número 5.

—Gracias.

—¿Por qué me ha pedido V. esta dirección?

—Para comunicársela á Manuel.

—Pues si es necesario añada mi testimonio y dígame V. que yo soy quien se lo he contado todo. Ernesto me lo ha repetido más de veinte veces, y muchos de mis amigos le dirán á V. lo mismo.

—¿Hace mucho tiempo que el conde de Magny es el amante de Antonia?

—Unos dos meses; pero ¿cómo se explica que, siendo V. amigo íntimo de Manuel, nada sepa?

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1 de Julio 1907
MONTERREY, N.M.

—Porque éste nada me ha dicho.

—¿Ni ahora cuando se han visto Vds.?

—Ni ahora.

—Sin embargo, V. estaba enterado de sus relaciones con la bailarina.

—Más que otro alguno: ahí por qué puedo afirmar que lo que ha dicho el de Magny es pura calumnia. No sólo á Manuel no le mantenía, ya que es menester decir la palabra; no sólo no le mantenía, digo, Antonia, sino que se arruinaba por ella.

—Cuanto sé es que Ernesto me ha dicho lo que usted acaba de oír; pero ignoro quién se lo ha dicho á él. No obstante, éste no habría afirmado un hecho tan grave á no estar seguro de que era real y positivo. ¿Quiere V. que le hable con franqueza? pues lo que continúa haciéndome creer que lo que me dijo Ernesto es cierto, es que Manuel nada le ha hablado á V. de su rompimiento con Antonia. Para que guarde silencio es menester que exista una razón, y ésta no puede ser otra que el temor de que V. supiese lo que todo el mundo sabe.

Despedíme de Octavio, y me encaminé á casa de Manuel, á quien hallé leyendo y fumando al lado del fuego, en una reducida habitación amueblada, tan modesta, que á lo sumo debía rentar ochenta francos mensuales.

—Hola, amigo mío, le dije en seguida que hube entrado; vengo á hablarte de asuntos muy graves.

—Toma asiento y hablemos, me contestó Manuel.

Estudié el rostro de éste para ver si tal entrada en materia le desconcertaba, pues á mi pesar la convicción de Octavio me había hecho vacilar un poco; pero tranquilizado al punto por la leal sonrisa de Manuel, abordé de lleno el asunto.

IX

—Sé que te has separado de Antonia, le dije, pero no la causa del rompimiento.

—¡Ay, amigo mío! vergüenza me da el explicártelo. En el Havre, Antonia, que adivinara el objeto de tu visita, me había enconado de tal suerte contra ti, que durante quince días te detesté, tanto más cuanto en lo íntimo de mi alma conocía que te asistía la razón, que es condición de nuestra flaca naturaleza humana rebelarnos contra aquellos que la tienen. De regreso en París, día tras día sollicité de la madre de Antonia que me hiciese prestar el dinero que me prometiera, con el objeto de solventar con él parte de mis deudas particulares. ¡Ah! ¡si nuestros acreedores supiesen cuánta necesidad de pagarles experimentamos para quitárnoslos de delante; con qué impaciencia aguardamos el dinero que debemos recibir para dárselo á ellos, á riesgo de quedarnos sin un céntimo, y con qué saña el acaso nos coloca casi siempre en la imposibilidad de cumplir con nuestros compromisos y realizar los cálculos hechos de antemano! Esto es lo que me sucedió á mí. Firmé una letra de cambio de cuarenta mil francos, y diéronme treinta mil, que desaparecieron de mis manos no sé cómo. Devolví á la señora Orimont lo que la debía, porque, como puedes imaginar, no quería deberle nada, hice un regalo á Antonia, satisfice cuantas deudas por causa de ella sobre mí pesaban, esto es: las soldadas á los criados, y sus cuentas á los abastecedores y tapiceros,

y á la postre me encontré respecto de mis deudas particulares tan apurado como antes. Ocorre un hecho que la gente no se explica, la obstinación que ponemos en arruinarnos por una mujer que no nos ama, y sin embargo es fácil de comprender: aparte de las imposibilidades materiales que tú me especificaste la primera vez que fuiste á verme en casa de Antonia, y que son las mejores razones de semejante pertinacia, el hombre que se encuentra en tal situación obedece á un sentimiento de economía, si vale decirlo así; corre incesantemente en pos de la primera cantidad importante que ha dado á su querida, y cuanto más dinero ha dado á ésta, menos dispuesto está á abandonarla. «El día que definitivamente rompa con ella, dice entre sí, para nada puedo ya contar con ese dinero.» Así, pues, el hombre, en este caso, acaba por considerar cuanto ha desembolsado como un capital del que el amor de semejante mujer constituye los intereses; demás, todos los días forma el propósito de dar menos á medida del tiempo que vaya viviendo con ella, y de este modo repartir entre muchos meses ó muchos años, según la importancia de lo gastado, la cantidad sacrificada, de suerte que le permita hacer el siguiente cálculo: cierto es que he dado cien mil francos, pero por espacio de cuatro años he sido el amante de una mujer hermosa; de lo cual resulta que sólo he venido á gastar veinticinco mil francos al año. Este cálculo, que en la práctica nunca sale exacto, pero sí en la teoría, hacíalo yo contra mi voluntad. «Ahora que estoy metido de hoz y de coz en semejante modo de vivir, decía para mí, ¿cómo deshabituarme de ella? Si dejo á Antonia, voy á tomar otra amante con la cual me verá obligado á gastar de nuevo lo que con ésta ya llevo gastado; por lo tanto, de conservarla resulta una economía.» Yo no quería dar crédito á mis amigos, que me decían que con la décima parte de lo que dispendiaba con Antonia podría labrar la ventura y ser amado de otra mujer joven, hermosa y que no

habría pertenecido á todo el mundo. Pero ¿qué quieres? á menudo el hombre se arruina por una meretriz, á las veces fea, sin atractivos y sin talento, nada más porque ésta ha sido la querida de hombres de resonancia y siente orgullo en sucederles. ¡Á qué grado de envilecimiento llega el corazón cuando todo el amor propio se cifra en esa especie de nombradías! Entonces ¡qué es avenirnos á ser amantes de una muchacha de diez y seis años, fresca, guapa, prudente, que nos aguardaría todos los días trabajando en una modesta habitación que le habríamos dispuesto y que para ella, en su sencillez, sería un paraíso! Si á nuestro paso nos encontramos con una muchacha como esa que digo, no damos ni quinientos francos para ser su amante; pero si por acaso á otro hombre se le ocurre tomarla, y luego la deja, y la tal se convierte en meretriz y se sabe que ha sido la querida del empingorotado señor Fulanó ó del señor Mengano, y que ha tenido cincuenta amantes, hacemos locuras por ella, y pagamos los desechos cien veces más caros que no hubiésemos pagado las primicias. ¡Cuán bien hacen esas mujeres en arruinarnos cuando se les presenta la ocasión! porque nosotros no somos sino corrupción y vanidad, y es menester que, para ser algo, seamos sus amantes. ¡Y en la puerta de las casas esas á las cuales vamos á perder nuestra juventud, corromper nuestra alma y tirar nuestro dinero, hay infelices seres humanos que perecen de hambre y nos tienden inútilmente la mano! ¡y gente hay que dice que el mundo es inmejorable! ¿Por qué nosotros, ociosos é inservibles para cuanto sea provechoso, que nos sacrificamos á tan ridículas teorías, no poseemos á cuarenta años la fortuna de que gozábamos á los veinticinco? ó bien ¿por qué á los veinticinco años no tenemos la experiencia que tendremos á los cuarenta, y entonces, como los demás, seríamos susceptibles de obrar el bien?

Yo no dejé de tener fijos los ojos en Manuel mien-

tras estuvo hablando de esta suerte, con la cabeza entre las manos, afirmándose más y más, á cada palabra suya, en que todo cuanto me habían dicho de él era una infame calumnia.

—En fin, continuó, dando un suspiro; si todo cuanto acabo de decir lo contásemos á uno y á otro, ó se publicase en un libro, nadie quisiera creerlo; por eso la necedad humana seguirá todavía por espacio de muchos siglos sin adelantar un paso.

—Sin embargo, le dije, las reflexiones que estás haciendo en este instante, te las hice ya seis meses atrás. ¿Quién me dice á mí que no vas á olvidarlas otra vez y á volverte á vivir con Antonia?

—¡Oh! no, hemos concluido del todo. Entre mi pasado y mi presente se ha levantado una barrera infranqueable. Ya ves la habitación que ocupo. No poseo un céntimo, estoy reñido con mi madre, los acreedores me acosan, y... no obstante, ¿creerías tú que en comparación de lo que era en compañía de Antonia me hallo dichoso?

—Pero todavía no me has explicado el por qué de tu rompimiento con ella.

—Tan pronto hube satisfecho las deudas de Antonia, ni ésta ni su madre tuvieron ya miramientos conmigo. Todos los días me decían que podía marcharme, é incesantemente llegaban á mis oídos las palabras infamatorias que mi amante profería en todas partes respecto de mí. Con todo, no sé movido de qué ruín sentimiento todavía me sentía atraído hacia ella. En esto llegó día en que me cupo la certeza de que Antonia me estaba engañando, y de que su madre la servía de tercera, y se lo afeé, á lo que me replicó, al principio, que no era verdad, y concluyó por decirme que si no me gustaba que me marchase.

Entonces vi el lazo que me habían armado, y quise vengarme no moviéndome, ó á lo menos me dí á entender que esta era una razón para quedarme, cuando la verdadera causa no era otra que habiéndome acos-

tumbrado por tal modo á Antonia, no hubiera sabido dónde dar con mi cuerpo si me hubiese separado de ella. ¡Y eso que no la amaba!

Tal estado duró unos dos meses. Una noche en que Antonia debía presentarse en escena, me salí de casa, y cuando al recogerme, á las doce, llamé á la puerta, nadie me respondió; por más que llamé á ella una, dos, tres y más veces y con creciente furia. Luego pegué el oído á la puerta, y como no oyese dentro el más leve ruido, volví á bajar las escaleras. El portero se había acostado ya, pero aun cuando no, no me hubiera atrevido á preguntarle si Antonia estaba en casa, pues me bastaba ser ridículo á mis propios ojos para consentir pasar por tal á los de aquel hombre. Entonces me dije que Antonia tal vez no se había recogido aún, y me aguardé en la calle, desde la cual no se veía luz alguna en las ventanas de aquélla. Mi amor propio me inspiraba multitud de razones de pie de banco, que como tales no eran parte á satisfacerme. De esta suerte me estuve aguardando hasta las dos de la madrugada, sin ver sombra de Antonia, á cuyo piso me subí de nuevo, empezando á repicar la campanilla á pique de despertar á todos los vecinos; y como nadie vino á abrirme, ya no me cupo duda alguna de que Antonia había acogido un hombre en su casa.

Lo peor era que yo no podía, ó más bien no me atrevía á irme á mi casa, tan seguro estaba de encontrarlo todo de arriba á bajo, ni presentarme en fonda alguna á hora tan avanzada. Así, pues, me pasé el resto de la noche vagando por las calles, y á las nueve de la mañana siguiente y al través de los transeuntes, que no parecía sino que todos hacían burla de mí, me subí de nuevo á la morada de Antonia, cuya puerta me abrió la doncella.

Como ni por un instante me había asaltado la sospecha de que pudiese haber acaecido alguna desgracia, sólo pregunté si Antonia estaba en casa.

—No, señor, me respondió la doncella con emba-
razo; ha salido.

—La aguardaré.

—Es imposible.

—¡Cómo imposible! ¿puede saberse por qué?

—Porque la señora se ha llevado consigo todas las
llaves.

Toda duda holgaba.

En esto, el cochero, que había conocido mi voz,
pareció y me dijo:

—¡Ahl ¿es V., señorito? tengo una carta para
usted.

—¿De quién?

—De la señora.

Parecióme que el cochero y la doncella se estaban
mirando y riéndose.

Fuése aquél á buscar la carta, y una vez la hubo
puesto en mis manos, dije entre mí:

—Por fin voy á saber á qué atenerme.

Luego abrí la carta y leí lo que sigue:

«Mi querido Manuel: El vivir juntos nos hace des-
graciados; de consiguiente es menester que uno de los
dos sea más razonable que el otro, y como V. no lo
es, lo soy yo. Venga V. á verme como amigo, si
quiere; pero entre nosotros debe cesar toda otra rela-
ción: *ya no me pertenezco.*

»ANTONIA.»

—Está bien, balbuceé, pues semejante despedida
no se recibe sin sentir, cuando menos, extrañeza. Di-
gan Vds. á su ama que me haga el favor de enviarme
lo que mío hay en esta casa, á no ser que también
quiera robármelo.

La palabra no era pulcra; pero me había irritado
de tal suerte el modo como se me engañara, que no
pude contenerme.

Desde entonces vivo en esta habitación, en la que

recibí, el primer día de ocuparla, mis maletas, acom-
pañadas de una carta por demás impertinente de An-
tonia, en la que me decía que, después de haber yo
especulado sobre ella, todavía me propasaba á insultar-
la, y que, de no despreciarme tanto como me des-
preciaba, me hubiera mandado quien me habría he-
cho entrar en razón.

Dicha carta me costó noventa mil francos, precio
por el cual hubiera yo podido adquirir un autógrafo
de Carlomagno, dos cuadros de Van-Dyck, ó cuatro
mil libras de renta.

—¿Y desde entonces no has oído hablar más de
Antonia? pregunté á Manuel.

—Al contrario; no se pasa día sin que llegue á mi
conocimiento que hace circular una nueva infamia
respecto de mí. Cuando pagué á la señora de Ori-
mont me olvidé de reclamarle los resguardos que la
había dado, y ahora los exhibe á quien quiere verlos,
diciendo que le debo dinero y no se lo pago. Como
yo, siempre y cuando satisfacía alguna cuenta por
Antonia, hacía que la extendieran á su nombre, hoy
ésta las muestra también, como su madre los res-
guardos, añadiendo: «Manuel de... ese canalla con
quien he tenido la desgracia de vivir, permitía que yo
me las compusiese como podía para pagar cuanto de-
cía que compraba para mí». Y no concluye aquí todo,
sino que me ha hecho amenazar con llevarme á los
tribunales y ha dicho á mis acreedores que yo era un
perdido que nunca les pagaría; así es que hoy mi re-
putación anda por los suelos.

—Hay más todavía, le dije.

Y conté á Manuel mi conversación con Octavio.

—Bien merecido me tengo cuanto me pasa, repuso
mi amigo, después de haberme escuchado con abati-
miento profundo; no hay quien adivine cuánto mal
puede causar á un hombre honrado una mujer, por
despreciable que sea, cuando es joven y hermosa y
está rodeada de gente que la hace la corte y admite

como verídicas las palabras todas que ella profiera. Hazme el favor de llegarte á casa del señor de Magny; á ver si batiéndonos concluimos de una vez con tanta ignominia.

Fuíme á buscar á Octavio y los dos nos encaminamos á casa del de Magny, especie de bobo rizado á quien encontramos ocupado en hacerse ondear el cabello.

El resultado de nuestra visita fué que el conde de Magny no había hecho más que repetir lo que Antonia le dijera, y que no se retractaría si ésta no se retractaba.

Entonces nos encaminamos á casa de la bailarina, á quien hallamos en compañía de su madre.

Si me propusiera transcribir todas la infamias que estas dos perdidas vomitaron contra Manuel, no me bastaría un tomo. Llegaron hasta á decir que Manuel había cooperado al comercio que Antonia hacía aparentemente á escondidas de él, y que mi amigo la ayudaba á comerse el dinero que tal comercio producía. Nada respetaban aquellas mujeres inmundas, ni delicadeza, ni familia, ni honra. Así es que yo, que sabía que en el mundo no había hombre más digno que Manuel, estuve más de veinte veces en un tris como no me levanté de la silla y la emprendí á bofetadas con ellas.

Durante dos horas estuvieron Antonia y su madre haciéndonos exposición de sus agravios, ya una después de otra, ya juntas las dos; pero lo más triste era que cuanto decían adquiría visos de verdad, atendida la apurada situación en que Manuel se encontraba.

—Desde que no vive conmigo, no tiene un céntimo, decía Antonia.

Manuel se batió con el conde de Magny, á quien dió una estocada; luego y sacrificando la mitad de su fortuna pagó todas sus deudas, y se fué á vivir en Turena, con su madre, rompiendo completamente con una sociedad para la cual no había nacido; todo lo

cual no obsta para que, cuando hablan de él, haya quien diga:

—¿Manuel de...? ¿el antiguo amante de Antonia? pues tengo entendido que no es hombre muy cabal. Cuentan de él unas cosas que ya ya.

§

Como unos seis meses atrás encontré á Manuel, á quien no había visto hacía un año, y, como es natural, le hablé de Antonia.

—Vienes á propósito, me dijo mi amigo; necesito que me hagas un favor.

—Di.

—Vas á llevarla estos quinientos francos.

Y, al decir esto, Manuel sacó de su cartera un billete de la indicada cantidad.

—¡Estás loco! le dije. ¿Aun envías dinero á Antonia?

—Sí, la pobre me ha escrito que era muy desgraciada, que iban á vender sus muebles y que tenía absoluta necesidad de este dinero. Yo se lo llevaba; pero, ya que te encuentro, prefiero que te encargues tú de hacerlo.

—¿Traes encima la carta de Antonia?

—Sí, ahí está.

Véase lo que decía la carta mencionada:

“Mi querido Manuel: Me hallo en grave apuro; necesito indispensablemente para hoy quinientos francos, ó de lo contrario mañana van á vender mis muebles. Me dirijo á V., porque de cuantos conozco es usted quien tiene más corazón y será quien más se apresure á hacerme este favor, en recuerdo de los venturosos días que pasamos juntos.”

—¡Vaya una sin vergüenza!

Tomé el billete de quinientos francos y me fui á casa de Antonia.

—Vengo de parte de Manuel, la dije.

—¿Ha recibido mi carta? me preguntó aquélla.

—Sí.

—¿Y me envía algo?

—Quinientos francos: ahí los tiene V.

—¡Oh! ¡cuán amable es! Déle V. las más expresivas gracias en mi nombre. Pero ¿por qué no ha venido él mismo? ¡me hubiera causado tanta satisfacción el verle!

—No me habló V. así la última vez que estuve en esta casa, dije; recuerde V. lo malamente que trató á mi amigo.

—¡Ah! repuso Antonia con indolencia, cuando la cólera nos domina proferimos palabras de las que nos arrepentimos al día siguiente.

«Ahí cómo se crea y deshace el buen nombre de la juventud.

Todo cuanto dije á Manuel el día de nuestra primera entrevista en casa de Antonia, se había realizado.

Resueltamente la experiencia es fruto que no cogemos hasta que está podrido.

..

Los tres lances acacidos á Manuel me representaban el amor en su triple unidad. El amor por pasión, el amor por capricho y el amor por comercio, parecíanme resumir todas las exigencias del corazón, del espíritu y de los sentidos. Fuera de estas tres tesis nada veía.

En todas partes, pues, contaba yo las historias de Enriqueta, de Agustina y de Antonia.

Un día viajaba desde Lión á Aviñón, y en el cupé me encontré con un individuo de unos treinta y cinco años, cuyo rostro, franco y apacible, despertaba la

simpatía. A no tardar trabamos conocimiento; y como durante un viaje lo mejor que podemos hacer es contar historias, conté á mi compañero la de los amores de Manuel.

—Así, pues, me dijo mi oyente, una vez hubo concluido, V. cree que en las tres anécdotas que acaba de referirme se engloban todas las fases por las cuales puede pasar el corazón humano?

—Sí lo creo, respondí.

—Pues se equivoca V., replicó familiarmente mi compañero de viaje mientras se sonreía suavemente. En las tres historias esas no brillan sino pasiones en que el corazón no se ve nunca saciado; le falta á V. el más apacible, el más sencillo, el más venturoso de los complementos.

—¿Puede V. proporcionármelo?

—¡Yo lo creo! El complemento que digo es el amor en el cual no existe desconfianza alguna ni de parte de la mujer, ni de parte del hombre; al que uno trae su lealtad y el otro su inocencia, de lo cual nace una estimación recíproca y un afecto ilimitado. Es el amor desprendido de todas las trabas que originan las peripecias que V. ya conoce; el amor que hace al hombre indulgente y animoso, y le presenta bello el mundo á sus ojos, y le hace bendecir la existencia; es el amor que no deja en el alma preocupaciones ni remordimientos y abre á nuestro destino ancha y floreciente vía; en suma, es el amor que Dios ha permitido que yo gozase y cuya historia entera se encierra en veinte líneas. Escúchela V.:

«A la edad de veintidós años me prendé de una joven de diez y ocho, y como ésta me demostró que me correspondía, la pedí á su madre, quien me la dió. Casados ya, nuestras dos modestas fortunas, unidas, nos colocaron en una desahogada medianía. Trece años de matrimonio llevamos, y esta es la hora en que todavía no sabemos qué es pensar el uno de

modo distinto que el otro. Tenemos dos hijos, un varón y una hembra, que gozan de la salud más cabal y nos quieren entrañablemente, y amigos que nos respetan y se alegran de vernos. Nuestras separaciones, motivadas por negocios, no nos cuestan lágrimas, porque no nos inspiran temores y confiamos en la Providencia. Toda nuestra dicha radica en nosotros mismos y todas nuestras esperanzas las ciframos en nuestros hijos. Si la desgracia se nos echa encima, hallará dos corazones unidos, prestos á recibirla como huésped necesario en la vida. La muerte puede herirnos á uno de los dos indistintamente: pero nuestra religión nos ha hecho ver en la muerte una separación, no eterna, sino momentánea. Procuramos que nuestros hijos sean de corazón honrado, leales de espíritu y cristianos de alma, y hasta lo presente lo hemos logrado. Así, pues, somos, á mi ver, y lo digo sin orgullo, tan dichosos como es posible serlo.»

Compare V. ahora este amor á los otros tres y vea cual de ellos debe preferir su conciencia.

Fijé los ojos en el hombre que de tal suerte acababa de hablarme, y vi brillar los suyos límpidos y serenos.

—Sí, es V. la dicha, le dije con emoción.

—Porque soy el bien, me respondió con confianza.

FIN

Traducción de LUIS CALVO.

